



YO ESCRIBI EL BUSHIDO

DAVID MONTESINOS ESPÈS

“YO ESCRIBÍ EL BUSHIDO”

por

David Montesinos Espès

Copyright © 2015 por David Montesinos Espès. Todos los
Derechos Reservados. Publicado en España por MonteespeS.
Edición Digital.

Esta publicación no puede reproducirse, transmitirse o
venderse, en su conjunto o en parte, bajo ningún formato,
sin previo consentimiento, por escrito, del autor. La única
excepción es, si se desea citar (el nombre de la obra y el autor

correctamente escritos) un pequeño fragmento del libro para hacer una reseña o crítica del mismo.

Para estar al día de los próximos libros y recibir contenidos exclusivos sobre diferentes temas que se tratan en nuestro sitio web, puede visitarnos en www.monteespes.com

Yo escribí el Bushido
(Os habla un samurái)

INDICE

Introducción

Primeros pasos

La educación de un samurái

El camino del honor

El camino del autocontrol

La reparación de una ofensa y camino más elevado “el seppuku”

El sable, alma del samurái

El camino de la fidelidad

Viejas escuelas

Densho (transmisión escrita) de los kyusho (puntos vitales) de las antiguas escuelas (ryu)

Mujeres samurái

Haragei

Bu y Do

Zen

La boca

Las manos

Un final heroico

Michi O Osameru (alcanzar la vía)

Epílogo

Dedicatoria

Introducción

... en este instante mí nombre importa poco pues, ahora, lo verdaderamente esencial es relatar, desde mi más corta infancia, el camino que me llevó, un buen día, a compilar una maraña de textos y relatos, buena parte de ellos chinos, que con el devenir de los siglos se estudiarían bajo un código ético – moral de conducta conocido como “el bushido” o “camino del guerrero”.

Primeros pasos

¡Con cinco años ya, y no eres capaz de sostenerte sobre un caballo! ¡Nunca serás un buen Samurái! ¿Qué dirá tu padre?.

Y con estas palabras, el viejo Kempachi, atizó al caballo – y al desdichado amo – un buen pescozón en las ancas y se sacudió en el polvo.

Los dorados tejados y cúpulas del templo relucían deslumbrantes con el sol. Más cerca, las aguas azules del lago del Templo de Sakuraji se rizaban al paso de las aves acuáticas. A lo lejos, en el camino de piedra, sonaban los gritos de los Samuráis que

daban prisa a los pesados y lentos carros que salían de la hacienda. Y también sonaban por allí los bmmm, bmmm, bmmm, de los tambores, de un bajo profundo, con los que ensayaban los monjes en las afueras, apartados de los curiosos.

Pero yo no podía prestar atención a estos detalles de la vida cotidiana. Todo mi cuidado era poco para poder mantenerme en equilibrio sobre mi rebelde caballo.

El viejo Kempachi era un ayo (mentor) duro e inabordable. Toda su vida había sido inflexible y áspero y ahora como custodio y maestro de equitación, de un chico de cinco años, perdía muchas veces la paciencia. Tanto él como otros hombres del clan habían

sido elegidos por su estatura y fuerza. Medía sus buenos dos metros y era muy ancho de espaldas. Las abultadas hombreras le acentuaban esa anchura. En el Japón oriental hay una región en que los hombres son de enorme estatura y corpulencia. Y éstos eran elegidos para ejercer de sumotoris. Kempachi, como decía, había sido ji – samurái iy se veía ahora reducido a la condición de niño de un pequeño aprendiz!. Invalido ya para andar demasiado, tenía que montar a caballo cada vez que se desplazaba un poco lejos.

En 1600 los soldados de Tokugawa bajo el mando del shogún, invadieron nuestro feudo y causaron grandes daños. Por lo visto, pensaban que la manera más adecuada de

granjearse nuestra amistad era bombardeando nuestra casa y matando a nuestra gente. Kempachi fue uno de nuestros defensores y en una de las batallas le partieron una pierna.

Mi padre que procedía de una de las principales familias del condado nunca olvidaría como Kempachi nos defendió. Su familia y la de mi madre estaban entre las familias más ilustres del Japón de modo que, entre los dos, mis padres ejercían una considerable influencia en los asuntos del país.

Mi padre era corpulento y medía más de 1 '80 cm. de estatura. Poseía una fuerza enorme. En su juventud, según decían, podía

levantar del suelo un carro repleto de arroz y era uno de los pocos capaces de vencer a los temidos ninjas de Koga.

La mayoría de los japoneses tienen el cabello negro y los ojos de color castaño oscuro. Mi padre era en esto una excepción, pues tenía el cabello más bien castaño y los ojos grises.

A menudo se irritaba terriblemente sin que pudiéramos adivinar la causa. No veíamos mucho a papá. Mi madre solía decir que a mi padre no le quedaba tiempo para atender a sus hijos, y por ello hemos carecido del afecto paterno. Yo, muy especialmente, despertaba sus iras y por eso me dejaba a merced del intratable Kempachi., a quién le había dado plenos poderes para mi

educación.

Kempachi tomaba como un insulto personal mis fracasos en la equitación. En el Japón feudal los niños de las clases altas aprenden a montar casi antes de saber andar. Dominar la equitación es imprescindible en un país como el nuestro, donde todos los viajes se hacen a pie o a caballo. Los nobles japoneses, y en especial los Samuráis, practican la equitación continuamente. Se mantienen fácilmente sobre la silla de madera mientras el caballo galopa y, en plena carrera, disparan con sus arcos contra un blanco. A este estilo se le denomina yabusame. Y todo esto a galope tendido. ¡Figuraros qué concepto tendría Kempachi de mí, un niño de cinco años que ni siquiera se mantenía sentado en

la silla!.

Mi caballo era peludo y con una larga cola. Su estrecha cabeza tenía una expresión inteligente, y sabía un asombroso número de procedimientos para sacudirse de encima al jinete... si además era un jinete tan inseguro como yo, mejor que mejor. Uno de sus trucos favoritos consistía en dar unos saltos, pararse en seco, y agachar la cabeza luego, cuando ya me había resbalado hasta su cuello, la levantaba de pronto y esta sacudida me hacía dar una vuelta de campana antes de caer en el suelo.

Teníamos la casa en las afueras de Edo en un barrio distinguido, el de Jinbocho, junto a la avenida principal que rodea un conjunto de

Oteras a la vera del río. Hay tres caminos y, el exterior, lo utilizan mucho los peregrinos de paso a los templos. Como todas las casas de Edo, la nuestra – cuando yo nací – era de dos pisos. Nuestra casa era de madera y había sido construida hacía muchos años. Tenía forma cuadrada con un gran patio interior.

La puerta, o soji, por donde se entraba al patio central era de dos hojas muy ligeras que se habían ennegrecido con los años. Encima de la entrada estaba el “despacho” del ji – samurái, desde donde podía ver a todos los que entraban y salían. El ji – samurái estaba encargado de tomar y despedir a la servidumbre y, de cuidar, que la casa estuviese atendida como era debido.

Debajo de su balcón, cuando sonaban los tambores de los templos, se situaban los mendigos de Edo para pedir la comida que les sustentaría durante las tinieblas de la noche. Los nobles más ilustres atendían a la alimentación de los pobres de su distrito. A veces, incluso, acudían presos encadenados ya que en el Edo de aquel periodo no habían muchas cárceles y los condenados vagaban, muchas veces, por las calles arrastrando sus pesadas cadenas y mendigando comida.

Un budista no considera a los condenados como seres despreciables. Comprendemos que la mayoría de nosotros podríamos ser condenados si se nos descubrieran nuestros pecadillos; así que tratamos razonablemente a los que han sido menos afortunados.

En dos habitaciones situadas a la derecha al despacho del ji – samurái residían dos monjes. Estos eran nuestros monjes “domésticos”, los cuales rezaban diariamente para que las divinidades aprobasen nuestras actividades. Antes de cualquier acontecimiento notable, estos sacerdotes eran consultados y se les pedía que implorasen el favor de los dioses o Kami's, hacia nosotros, en sus plegarias.

En cada ala de nuestra casa había un pequeño templo. Las lámparas, alimentadas con aceite, ardían sin cesar ante el altar de madera labrada. Los cuencos de agua sagrada eran limpiados y vueltos a llenar varias veces al día. Tenían que estar limpios, pues pudiera apetecerles a los dioses ir a beber en ellos.

Los sacerdotes estaban bien alimentados, ya que comían lo mismo que nosotros, para poder rezar mejor y decirles a los dioses que nuestra comida era buena.

A la izquierda del cuarto del ji – samurái vivía el mayordomo... cuya tarea consistía en cuidar de que la vida en la casa marchase dentro de la ley. Los japoneses se atienen estrictamente a las leyes en todas sus actividades sociales y mi padre, como buen cumplidor, debía dar ejemplo de lo que estaba legislado.

Nosotros, los niños, mi hermano Akira, mi hermana Michiko y yo, habitábamos la parte nueva de la casa, en el lado del cuadrado más distante a la carretera. A la izquierda

teníamos una capilla y a la derecha la escuela, a la que también asistían los hijos de los criados. Nuestras lecciones eran largas y variadas. Akira no vivió mucho tiempo entre nosotros. Era débil y no estaba dotado para resistir la vida tan dura que ambos teníamos que llevar. Antes de cumplir los siete años nos abandonó y regresó a la “tierra de los antepasados”, tenía yo seis años cuando desapareció. Aún recuerdo cuando fueron a buscarlo. Estaba allí, tendido, como una estaca y los hombres se lo llevaron para enterrarlo. Esta era la costumbre, un túmulo de piedras, en un ángulo del jardín indicaba la exacta ubicación de su eterno reposo.

Al convertirme en heredero de la familia, se intensificó mi entrenamiento. Ya he dicho

que a los cinco años no había conseguido aún ser un buen jinete. Mi padre era muy severo y exigente en todo. Como señor de la guerra se esforzaba para lograr que su hijo fuese muy disciplinado y constituyera un ejemplo vivo de cómo debían ser educados los niños de tal rango.

En Japón la educación infantil es más severa a medida que el niño es de mejor familia. Y mi padre era de la vieja escuela.

Sometidos a una educación tan dura, los débiles no sobrevivían pero, los que salían adelante se hallaban entrenados para resistirlo casi todo.

En este marco nací y crecí yo y mi nombre es Jocho Yamamoto, heredero del castillo de

Saga y todos sus feudos.

Debo anticiparos que antes del siglo XVII no existió código escrito que definiera de forma clara las obligaciones de los samuráis. En 1615 apareció el Bukhe Sho Hatto, escrito por el monje zen Suden a petición de Ieyasu Tokugawa.

Éste breve compendio literario estaba destinado a las familias marciales del Japón noble y sus trece preceptos giraban entorno las cualidades literarias y vía de las armas.

Más tarde apareció el Budo Shin Shu (1686) que insistía más sobre la ética que en los conocimientos.

Treinta años más tarde, en mil setecientos dieciséis, llegaría la obra capital, mí obra,

recogida en once volúmenes y que en su día fue descrita como el Hagakure, algo así como “escondido tras el follaje”. Ésta sería con el devenir de los siglos la más célebre de cuantas obras se han escrito sobre la “vía del samurái”.

Hecha ésta breve, pero necesaria, aclaración histórica debo decir que a la muerte de mi señor Nebishima Mitsushige (1700), y ante la prohibición de “ejecutarse el seppuku” promulgada por los Tokugawa, me recliné como monje a la edad de 42 años y sería un joven escriba, Tashiro Tsuramoto (1710 – 1717), tras siete años de arduo trabajo quién después de transcribir innumerables charlas, “Analectas de Nebishima”, las distribuyó, sin mi permiso, entre los samuráis de Saga.

Ya os he situado en el periodo histórico del país y familia en la que nací, ahora os contaré, paso a paso, como se me educó (El último capítulo: “Un final heroico”, describe mi propia muerte; Dofuryu).

La educación de un samurái

El primero de los puntos que debía observarse era el de formar el carácter dejando a un lado otras facultades, más “artificiales”, como pueden ser la prudencia, la inteligencia o la dialéctica, por poner unos ejemplos. Por indispensables que estas habilidades fuesen para todo hombre de rango eran, en su educación, más bien un accesorio que algo esencial. La superioridad intelectual era ciertamente estimada; pero la palabra *chi*, empleada para designar la

intelectualidad, quería decir en primer lugar sabiduría, y no concedía a la ciencia más que un lugar muy secundario. El triángulo que soportaba la armadura del guerrero fue llamado chi, jin, yu, respectivamente (sabiduría, bondad y valor), así pues, un Samurái era esencialmente un hombre de acción. Y por ello, la ciencia se encontraba fuera del ámbito de acción de sus actividades cotidianas.

En este sentido, Kempachi, no consiguió erradicar del todo el concepto chi de mi juvenil mente, y de ello, se beneficiaría – creo – mi clan.

Para un niño de ocho años, la teología fue materia reservada a los sacerdotes, y como

en casa había dos, pues ración doble.

El samurái no recurría a ella más que como ayuda para alimentar su valor – y yo mismo recurrí a ella en algunas ocasiones – la filosofía y la literatura integrarían la mayor parte de su educación intelectual; pero incluso cuando se dedicaba a estas ciencias muchas horas de estudio, era solo un método para la mejor exposición de un problema militar o político.

Con lo que acabo de exponer, no sorprenderá que el programa de estudios, de acuerdo con los parámetros descritos fuera esencialmente: esgrima, tiro con arco, jiu-jutsu, equitación, manejo de lanzas, tácticas de combate, caligrafía, ética,

literatura e historia. Debo aclarar que, en mi tiempo, se concedía una gran importancia a una buena caligrafía debido, principalmente, a que nuestros caracteres ideográficos kanjis, por el hecho de expresar imágenes, poseen un gran valor artístico y porque la mano que traza los signos era considerada como una muestra del carácter personal. En cuanto al jiu-jutsu puede considerarse como una aplicación del conocimiento de la anatomía en el ataque o en la defensa. Difiere de la lucha cuerpo a cuerpo en que no depende de la fuerza muscular y difiere de las otras formas de lucha en que no se sirve uno de las armas. La habilidad consiste en coger o golpear una parte determinada del cuerpo del adversario y que éste resulte aturdido e

incapaz de resistirse. Su objetivo no es matar, aunque se puede, sino tan sólo privar de movimientos o reacción al adversario.

A este respecto debo añadir que Kempachi me hizo muchas jugarretas y daño, más moral que físico, pero con el tiempo le devolví, y con creces, las “palizas” que me propino. Una materia de estudio que me hubiera gustado incorporar hubieran sido las matemáticas pero la “caballería” es antieconómica; pues se enorgullece de su austeridad.

El conocimiento de los números era indispensable en la numeración de los efectivos, así como en la distribución de los beneficios o las tierras; pero se consideraba

esta tarea de gente más bien de poca alcurnia, algún samurái rural o sacerdotes.

Todo buen seguidor del Bushido entendía que el dinero era el principal factor de la guerra; pero jamás pensaba en colocar en un rango de virtud a éste.

El lujo, además, era considerado como el mayor enemigo de la virilidad y era exigida a la clase guerrera (samurái) la sencillez más severa en la manera de vivir.

Muchos asuntos abstractos cansaban el alegre espíritu de mi juventud y el principal era, como ya he dicho antes, la educación del carácter.

En verdad, se podría decir que el bushido se creó para “aprender sin pensar”. Como decía

Confucio: “Es trabajo perdido; pensar sin aprender, es peligroso”. Cuando es el carácter y no la inteligencia, cuando es el alma y no el cerebro los que un maestro elige como materia a cultivar y a desarrollar, su profesión reviste un carácter sagrado. Fueron mis padres los que me trajeron a éste mundo; pero fue Kempachi, mi ayo, quién me hizo un hombre, por eso, guardo de mí preceptor una muy alta estima. Para que un hombre sea capaz de inspirar tal confianza y respeto a los demás es preciso que esté dotado de una personalidad superior, sin que por otra parte carezca de erudición, por eso deje escrito: “Tu padre y tu madre son como el cielo y la tierra; tu profesor y tu señor son como el sol y la luna”.

Bun Bu Ryodo: “La doble vía”, método de enseñanza civil y militar.

Bushido o “vía del guerrero”, destacan siete puntos: Chugi, lealtad, devoción, fidelidad al Emperador. Gi, justicia, rectitud, honor, deber y humanidad. Jin, agilidad, no resistencia. Makoto, mente inmaculada, sinceridad. Meiyo, reputación. Rei, etiqueta, ceremonia, comportamiento justo y adecuado a las circunstancias. Yu, superioridad, valor y coraje.

Según Yamaga Soko, (ver cap. [El camino de la fidelidad](#)), el bushido es un conjunto de talentos físicos y virtudes morales resumidos en los siete puntos precedentes.

El camino del honor

El sentimiento del honor implica una conciencia sutil de valor y dignidad personal y no podía dejar de ser una de las características de los samuráis nacidos y educados, – yo lo sé bien – en la estima de los deberes y de los privilegios de su profesión.

“Un buen nombre, – decía mi padre – es la reputación que se obtiene y es la parte inmortal de uno mismo”.

En boca de un samurái era frecuente oír: “El deshonor es semejante a una cicatriz sobre un árbol que el tiempo, en vez de borrar, agranda todos los días”.

Para evitar la vergüenza y para forjar el carácter los jóvenes samuráis, se sometían ya en mí tiempo a toda clase de privaciones, soportaban las más severas pruebas de sufrimiento físico y moral. Eran conscientes “que el honor adquirido así, en su juventud, crecería con la edad”. Por consiguiente si una “causa” se presentaba y se juzgaba de “más valor que la propia vida”, con gusto y serenidad, se sacrificaba ésta. El entrenamiento del honor servía para preparar al samurái, si llegaba el caso, en el ritual del sacrificio y a ésta práctica se la

denominó seppuku o harakiri dependiendo del acto “impuesto” o “voluntario”, pero éste aspecto será tratado más adelante.

El honor, como no puede ser “medido” con dinero, carece de sentido entre los hombres que solo buscan riqueza. No obstante, la costumbre autorizaba a los alumnos llevar a sus maestros, en diferentes épocas del año, dinero o mercancías como pago a sus servicios pues estas ofrendas eran recibidas con alegría por el carácter austero de quienes eran considerados “ejemplos vivientes” de una disciplina inquebrantable recta y austera.

Budo Shoshi Shu: Lecturas elementales sobre el Bushido escritas por Daidoji Yuzan a finales del siglo XVII. Define el honor del samurái, consistente en “vivir si es justo vivir” y no temer por su señor sin traicionarle nunca. Debe respetar a su familia y antepasados y todas sus acciones deben ser moderadas. Además ha de conocer bien la poesía y la ceremonia del té.

El camino del autocontrol

Ésta disciplina fortalece el alma, por otro lado, también muestra el uso de la cortesía y nos enseña a ahorrar a los demás la visión de nuestra tristeza y sufrimiento para no alterar su alegría o bienestar. Estos dos sentimientos se combinan para templar, forjar, un carácter. Para un Samurái el reflejar en su semblante sus emociones era considerado como falta de virilidad, al respecto, Kempachi siempre me decía: “No dejes ver ningún signo de alegría ni de cólera

en tú rostro”, éstas eran las palabras justas para describir un gran carácter.

La calma en la manera de ser de un samurái le definía como hombre y la paz de su alma, nunca turbada por pasiones de ninguna clase, le conferían el equilibrio necesario para alcanzar el autocontrol deseado para ser reconocido como un buen samurái.

Recuerdo una vez decir a mí padre: “Aprende a sufrir sin quejarte”, frase que resume cómo debía ser nuestra educación sobre la vía del autocontrol.

Los clásicos chinos dicen al respecto: “En cada virtud hay que saber distinguir lo que su bondad tiene de positivo, y tratar de alcanzar el objeto positivo de su ideal, y el

ideal del dominio de sí mismo es, el guardar el equilibrio del espíritu”. El control de sí mismo, en Japón, para un samurái estaba consagrado a la reparación de los “agravios”, una vez más y ya son dos debo referirme al seppuku, al suicidio como acto de reparación del honor y clave del dominio de sí mismo.

Bujutsu Taihaku Seiden: Manual del siglo XVI. En él se documenta a un maestro de la espada llamado Hayashizaki Jinsuke Shigenobu como “inventor” del iai do. Según otras fuentes el espadachín llegó al templo Yamagata para rogar al dios Myojin le enseñara nuevas técnicas de espada. Nació en 1546/49 y murió en 1621.

Koyo Gunkan: Obra escrita por Kosaka Danjo Nobusama. Tratado sobre el bushido que consta de más de 20 volúmenes, siglo XVII.

La reparación de una ofensa y camino más elevado “el seppuku”

El hara kiri o “inmolarse a sí mismo abriéndose las entrañas” devino práctica común cuando se había perdido sin remisión

el respeto, ya fuera de amigos o enemigos, Kempachi decía al respecto: “Cuando se ha perdido el honor, es un alivio el morir, la muerte es la única retirada segura contra la infamia”.

Recuerdo que le miraba con fascinación y temor a la vez, sensaciones que se dibujarían en mí juvenil rostro, pues a continuación añadía: “Ahora comprenderás que el seppuku no es una simple práctica de suicidio es, una institución legal y ritual, una práctica gracias a la cual los guerreros podemos expiar nuestros crímenes, excusarnos con nuestros señores y escapar al deshonor, de la misma forma que podemos probar la honorabilidad de un amigo con éste acto de serenidad, autocontrol, y honor”.

Ante tal alegato, yo, bajaba la vista y recordaba, serena y plácidamente, una conversación con mi madre quien me dijo en una ocasión como perdió a un hermano menor el cual tuvo que hacerse seppuku.

“Hijo – y me abrazó, acto que no prodigaba en exceso – nunca empujes demasiado adentro la hoja del wakizashi, para no caer de espaldas, inclínate más bien hacia delante y ten las rodillas muy apretadas, procura mantener los ojos abiertos, si tu espada encuentra resistencia y te faltan fuerzas toma valor y redobla tu esfuerzo para cortar de través”.

De ahí el dicho, más tarde convertido en axioma, “el sable es el alma del samurái”.

Hara (vientre) Kiri (corte); literalmente: “Cortarse el vientre”.

Seppuku: japonés; forma ritual de suicidio llamado “la flor del Bushido” porque en el código Bushido, el samurái no teme la muerte. Después de ejecutar el Mishogi (purificación del lugar donde se desarrollará el seppuku así como del alma y el corazón del suicida) el samurai “entra” al tatami donde se llevará a cabo la ceremonia por Shugyo – Mon y se situará sobre un cojín. El Kaisakunin (asistente del suicida se sienta a su lado en la posición de Seiza, sin mostrar tristeza. Llegado el momento oportuno se prepara en Hasso no Kamae a que el suicida le haga una señal o éste de muestras de sufrimiento, entonces baja la hoja del sable con un gesto rápido y certero decapitando al suicida. La cabeza no puede caer, debe colgar de la piel de la garganta y quedar sobre el pecho) entra por Nehan Mon. Después del Mizu Jari (ablución, baño o purificación antes del seppuku) el suicida se viste con el Montsuki (kimono con dibujos) y se dispone a escribir un poema para demostrar su serenidad. Después bebía el Matsugio no Mizu (agua del último instante) símbolo de Kokoro (emoción, sentimiento, mente, alma) en el interior del Sambo (plato blanco).

Una vez terminado este protocolo cogía el Wakizashi (espada mediana) y envolvía un Sugi Hora (papel suave que se utilizaba alrededor de la hoja del arma para llevar a cabo el seppuku) dejando que asomara unos centímetros de hoja y, después situar el Kisaki (punta) en el lado izquierdo del vientre e iniciar el corte longitudinal hacia el lado derecho (Jumonji) el suicida se detenía un instante en el punto Saika no Itten (punto situado debajo del ombligo donde se unen las energías cósmicas Ki y el Chikara; considerado “el asiento del alma”). Finalmente el suicida era decapitado por el Kaishakunin con un rápido y certero corte de su Katana denominado Yokomen (corte circular). Si el suicidio se llevaba a cabo como fruto de una condena de muerte el tribunal mandaba a la casa del decapitado un abanico sobre una bandeja, símbolo de culpabilidad. Si por el contrario era voluntario el Kaishakunin decapitaba completamente. En ese caso el cuerpo debía caer de frente, si caía de costado o de espaldas era un deshonor para su familia. El kenshi (maestro experto con la espada; generalmente un noble que presidía el seppuku) inspeccionaba la cabeza mientras el Kaishakunin saludaba al difunto y se retiraba. Después se hacía el Kubishozoku (el ritual de preparación de la cabeza antes de entregarla a su

familia). Todo el ritual era presenciado por un sacerdote Shintoista.

El sable, alma del samurái

El Bushido hizo de la katana el emblema de su poder, era el jurado, juez y verdugo. Desde muy joven Kempachi se esmeró por enseñarme todo cuanto debía saber sobre las armas y en especial sobre la katana.

Recuerdo como si fuera ayer las palabras de mi padre al entregarme mi primera katana: “No llevarás en vano una espada, pues la que llevas en tu cintura es el símbolo de lo que llevas en tu corazón; lealtad y honor”. Desde

ese día, nunca han abandonado mi cintura, mi katana y mi wakizashi son mis compañeros fieles y prestos a defender mi vida y principios, los quiero como a mi vida y también les doté de nombres “cariñosos”, son venerados y forman parte de mi culto personal. Yo los animo, por tanto, soy el espíritu de ambos, pero ellos son mi cuerpo y mi alma, los tres formamos el ten chi jin; cielo, tierra y hombre, un triangulo equilátero perfecto y armonioso, el principio de vida, pues son necesarios dos, padre y madre, para formar un tercero, “el hijo”, así entendemos los samuráis la vida y la vida y la muerte son dadas, concedidas, por “la vía de la espada”.

No obstante el más sabio de los consejos de

Kempachi fue: “La victoria más fructífera es aquella que se consigue sin derramamiento de sangre”. Y he de confesaros que siempre intenté seguirlo.

Buke Seigí: Código, reglamento militar.

Buke: Casta militar. Descendientes de los maestros de artes marciales.

Buke Sho Hatto: Escrito realizado por expresa petición del shogun Tokugawa Ieyasu codificando las normas de conducta de los bushi.

Bukyo: Teoría de la sociedad feudal basada en la relación maestro – subordinado, expuesta por Yamaga Soko (ver cap. [El camino de la fidelidad](#)).

El camino de la fidelidad

La moralidad de un caballero es común a otros pueblos y ética de sus diferentes estratos sociales. La fidelidad personal es una adhesión moral, existente entre todos los hombres del planeta, pero solamente en un código de conducta caballeresco, como “el bushido”, adquiere la importancia que merece.

“Tener el valor de seguir a tu señor al campo de batalla – decía Kempachi visiblemente

emocionado, aunque reteniendo las perlas saladas que asomaban por sus corneas – o a un amigo caído en desgracia y, por ello, candidato al seppuku, es impagable, ese es un acto de fidelidad”.

A éste particular, muy serio, mi padre me preguntó a los diez años de edad: “Puesto que fuiste engendrado, educado, y alimentado por nosotros ¿te atreverás a decir un día que no eres nuestra descendencia y nuestro servidor?”.

Un sonoro bofetón estalló en mí cara – la dura, áspera, y nudosa mano de Kempachi se estrelló en mi mejilla izquierda – “no mantengas la vista alzada cuando tú padre te instruye” – entendí de “golpe” el mensaje

pues la fidelidad está por encima de padres e hijos o sirvientes (la palabra samurái significa, literalmente: sirviente), incluso, está por encima de leyes y gobiernos. Para un samurái es de vital importancia recordarlo así “el bushido” está por encima de las leyes físicas, es nuestro libro no escrito de conducta; explicaré éste matiz en el epílogo.

Yamaga Soko: (1622 – 1685). Maestro de artes marciales y ronin. Fue consejero de Oishi Kuranosuke. Escribió el Kataki Uchi (o Kotaki Uchi), obra dedicada al bushido (trata sobre el arte del asesinato por venganza). Oishi Kuranosuke fue el jefe de los 47 ronin que asesinaron en 1703 al Jefe de Protocolo, Kira, del shogún ya que éste había ordenado a su daimyo, Asano, se hiciera el seppuku. Por tal motivo sus bushi se convirtieron en ronin. Después del Katachi Uchi todos los ronin se hicieron seppuku por orden del shogún en el templo donde se refugiaron, Sengaku Ji, (donde hoy día aún pueden verse sus tumbas). En la actualidad su gesta representa la lealtad y fidelidad hacia su señor.

Viejas escuelas

De forma clandestina, mi familia poseía conocimientos marciales muy antiguos así Kempachi, un día, me enseñó unos antiguos pergaminos (denso), de viejas escuelas en los que se apreciaban los puntos vitales (kiusho), que debían atacarse para obtener los efectos deseados ya fueran la eliminación del oponente como dejarlo fuera de combate sin dañar su integridad física.

Kempachi nunca me dijo cómo habían llegado a nuestro poder aquellos pergaminos o quién los había traído pero si era evidente el inmenso interés con el que se enseñaban,

a nuestros samuráis, todos aquellos puntos vitales y las consecuencias que acarreaban, a favor, si eran ellos los que los ejecutaban o, en contra, si los recibían.

- En el combate, – me lo repetía muchas veces mi ayo –, como en la vida cotidiana recibirás algunos cortes o golpes, – me miró fijamente – no te detengas jamás a medir la longitud o profundidad de las heridas pues eso te distraerá del combate y te aniquilarán rápidamente, – miró al cielo y se rió –, aunque sangres y te duela no dejes de mirar a tus adversarios pues ellos estarán más asustados que tu al ver que no te quejas, ni evalúas tus heridas, y sigues combatiendo pues les das a entender que son heridas superficiales y poco profundas, – dejó de reír

y me miró de nuevo –, les creas una gran duda y, en ese instante, te atacaran con gran furia para darte el “golpe de gracia”, – se giró y me dio la espalda –, aprovecha ese instante para derrotarles, posiblemente, será tu única oportunidad. Y diciéndome aquello se alejó.

Densho
(transmisión
escrita) de los
kyusho (puntos
vitales) de las
antiguas escuelas

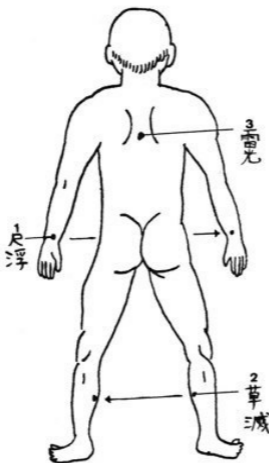
(ryu)

Escuela Tenshin-Shinto

literalmente

“sauce del verdadero espíritu celeste”

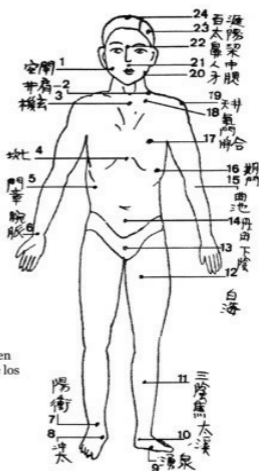
天神真楊流



1. - "hueso de la muñeca"
2. - "hierba desecada"
3. - "denko" (luz de tormenta) entre los dos hombros

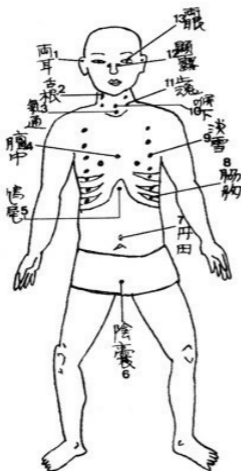
小林寿流

1. - maxilar superior
2. - clavícula
3. - base de la garganta
4. - plexo
5. - "cabeza de la puerta"
6. - muñeca
- 7-8-9-10. - pie
11. - pierna
12. - muslo
13. - sexo
14. - bajo el ombligo
15. - "estanque sinuoso"
16. - "puerta temporal"
17. - "futuro armonioso"
18. - "entrada del aliento"
19. - "pozo celeste"
20. - maxilar inferior
21. - base de la nariz
22. - entre los dos ojos
23. - un pulgar por encima de la sien
24. - "doscientas lagrimas", raíz de los cabellos.



Escuela Sumô

CUADRO DE LOS "TRECE PUNTOS PROHIBIDOS"



1. - "ryoji", las dos orejas
2. - "setsugon" (raíz de la lengua), base del cuello
3. - "kitsu", tráquea-arteria
4. - "tenchu": centro de la enegia, epigastrio
5. - "kyubi" (cola de pichón), plexo
6. - "inno" (saco escondido), sexo
7. - "tanden", ombligo
8. - "wakimune", tórax
9. - "awayuki" (nieve ligera) 3ª costilla
10. - "koka", por debajo de la garganta
11. - "shikon" (parada del alma) base del cuello
12. - "kenro" (rocío al descubierto), rincón de la nariz
13. - "ryogan" los dos ojos.

Todos estos puntos bautizados como "puntos prohibidos" son el centro de las regiones particularmente vulnerables. Simbolizan los trece puntos mortales esenciales.

1. - cima del craneo
2. - base de la oreja
3. - cuello
4. - base del cuello
5. - por encima del pezón (mortal)
6. - dos pulgares por debajo del pezón (mortal)
7. - parte superior del muslo
8. - tobillo
9. - dedo gordo
10. - talón
- 11-12. - rodilla
13. - sexo
14. - sobre el pie
15. - ombligo
16. - por encima del ombligo
17. - en el pliegue del brazo
18. - esternón
19. - en el hueco del hombro
- 20.- base de la nariz
- 21.- sien
- 22.- entre los dos ojos.



Escuela Yamato

literalmente
"Japón"

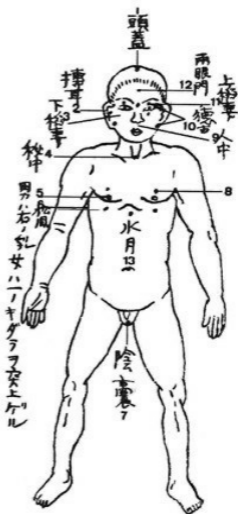
大和流



1. - sien
2. - biceps
3. - sexo
4. - "inazuma"
5. - bajo vientre
6. - "reflejo de la luna"
7. - "la luna sobre el agua"
8. - "lluvia de aldea"
9. - base de la garganta
10. - "viento de pinos"
11. - ojo
12. - cejas
13. - hombro
14. - "puerta de la muerte"
(cima del cráneo).

関口流

1. - cima del cráneo
2. - punto del tímpano
3. - debajo del ojo
4. - base de la garganta
5. - pecho
6. - bajo el pectoral
7. - sexo
8. - punto superior del pecho
9. - base de la nariz
10. - maxilar
11. - parpado
12. - frente

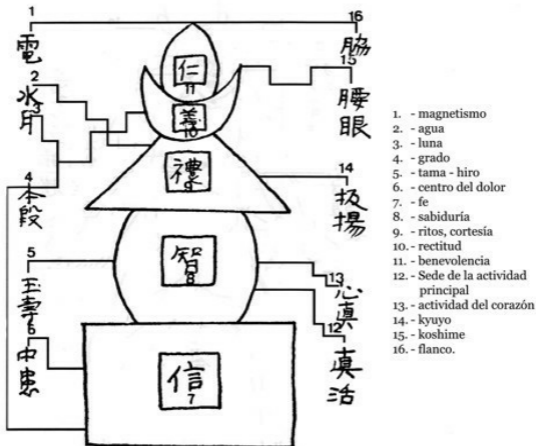


Escuela Takeuchi

literalmente
“el interior del bambú”

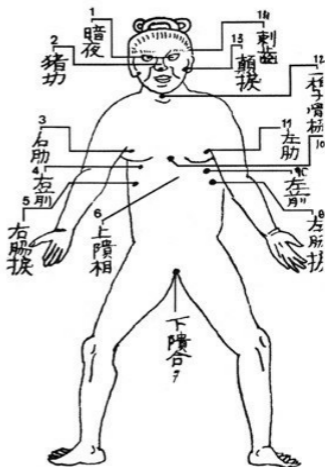
竹内流

CUADRO DE LAS CINCO VIRTUDES CONFUCIANAS EN RELACION
CON LAS CINCO PARTES DEL CUERPO HUMANO



竹流

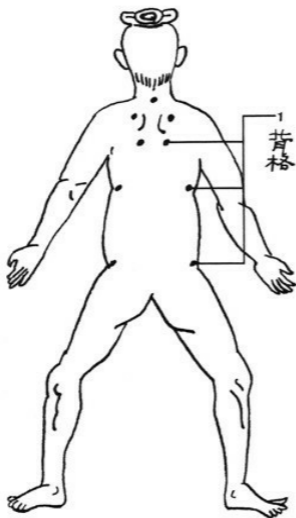
1. - ojo derecho
2. - centro de la nariz
3. - pectoral derecho
4. - subpectoral derecho
5. - punto del flanco derecho
6. - epigastrio
7. - perineo
8. - flanco izquierdo
9. - subpectoral izquierdo
10. - intersección superior
11. - pectoral izquierdo
12. - base de la garganta
13. - oreja
14. - sien izquierda



Escuela Takeuchi (continuación)

literalmente
“el interior del bambú”

竹内流



1. - puntos esenciales

Densho: Transmisión escrita.

Kiusho: Punto vital. Estudio de los puntos vitales del cuerpo humano.

Kyu-Jutsu: Arte marcial del tiro con arco.

Escuela Tenshin Shinto (lit.: “Sauce del verdadero espíritu celeste”), escuela creada por Iso Mataemon, especializada en ju – jutsu, también escrito, Tenjin Shinto Ryu.

Escuela Sumó. En éste densho están dibujados los puntos bautizados como “puntos prohibidos” son el centro de las regiones particularmente vulnerables del cuerpo. Simbolizan los trece puntos mortales esenciales.

Escuela Yamato (lit.: “Gran Armonía”), antiguo nombre del Japón, escuela creada en el siglo XVII por Morikawa Kozan; especializada en kyu – jutsu.

Escuela Takeuchi o Take – Uchi (lit.: “El interior del bambú”), escuela creada antes del siglo XVI. En éste densho se muestra un cuadro de las

“cinco virtudes confucionistas” en relación con las cinco partes del cuerpo humano.

Mujeres samurái

Anteriormente ya he mencionado que fue mi madre la encargada de iniciarme en el arte del seppuku.

Era el ocho de abril y celebrábamos el Hana Matsuri, cumpleaños de Buda. Aquella tarde me encontraba sentado en la engawa y contemplaba las hojas de los árboles del jardín como se empeñaban en tapizar la verde hierba con sus tonos ocres apagados cuando mi madre se sentó a mi lado.

- ¿En qué piensas? Me preguntó

- ¡En nada!. Respondí

- El hombre que no piensa en nada es porque ha alcanzado la iluminación (satori) o está muerto. Se rió.

- ¿En qué piensas? Volvió a preguntarme.

- Miraba caer las hojas de los árboles. Le confesé al fin.

- Te has fijado que para definir a los árboles se utiliza el artículo masculino, “el”, y para las plantas el femenino, “la”.

- No me había dado cuenta. Admití.

- Los árboles crecen fuertes y rectos, las plantas son más pequeñas, ambos suelen dar frutos pero quizá las plantas son más bellas.

- Tú eres el árbol más fuerte y recto de mi jardín, – me cogió las manos –, pero las

plantas también tenemos nuestro lado oscuro, – noté una daga que se hundía en mis costillas –, si deslizo un poco más la hoja terminaré con tu vida, – me miró muy seria pero, a la vez, muy tranquila –, no te fíes de la dulzura ni la fragilidad pues existen plantas muy venenosas. Amagó una sonrisa.

Asentí atónito con la cabeza.

- En el pasado como hoy día las mujeres samuráis eran enseñadas para ser leales y entregadas como lo eran su padre, hermanos, y marido al superior de su clan y al shogún, – ahora era mi madre la que se fijaba en las hojas sobre la hierba –, por descontado que dichas mujeres eran adiestradas en el uso de las armas tradicionales y, en caso necesario,

para acabar con sus propias vidas, – se calló y miró al cielo –, muchas de las acciones de estas valientes samuráis como el caso de Tomoe Yoshinaka, que luchó junto a su esposo, están recogidas en la literatura de los bujutsu.

Asentí de nuevo, al moverme advertí que la punta del arma seguía en mis costillas.

- Una de las armas predilectas de las mujeres samuráis era el puñal corto, – continuó con su explicación –, llamado kaiken que, al igual del wakizashi de un hombre, jamás se desprendía de él llevándolo en una de las mangas del kimono o escondido en el cinturón (obi), el kaiken, – noté que cesaba la presión en mis costillas –, era el arma

empleada en el jigai, – puso la daga ante mis ojos –, el seppuku femenino.

No me atrevía a interrumpir su charla y no fue por miedo a que me matará pues si ella lo hubiera deseado yo ya estaría camino del cielo, presto a saludar en el día de su cumpleaños a Buda, sino por respeto.

- Estas mujeres aceptaban de buen grado ser ejecutadas por sus parientes si su captura, por miembros del clan opuesto, era inminente y ellas mismas ejecutaban a los hombres que, en el momento preciso, no eran capaces de efectuarse el seppuku.

Bajó la vista y miro la hoja brillante, como un espejo, del cuchillo que sujetaba con ambas manos.

- El trágico fin del clan Taira en la batalla de Dan no Ura es una prueba evidente de lo que te explico, – observaba su rostro reflejado en el acero del arma –, viendo que el fin se acercaba y perdían la batalla las mujeres del clan Taira se lanzaron al mar del estrecho de Shimonoseki, – unas lágrimas afloraron en sus ojos –, Nii no Ama, abuela del Emperador niño Antoku no dudó un instante en lanzarse al mar con su nieto antes que rendirse y verse, ambos, humillados por los Minamoto.

Un par de lágrimas alcanzaron la liza superficie del puñal.

- ¡Yo! al igual que tu padre, – continuó explicándome –, hace muchos años

efectuamos el juramento al clan, Uji no Osa, debido, en parte, a la era que nos está tocando vivir, – miró hacia la puerta exterior de la casa –, y es que los tiempos cambian y las costumbres se relajan en exceso y los tiempos modernos nos han traído la degeneración marcial, el comportamiento afeminado de muchos samuráis, el libertinaje y el vicio del “mundo flotante” ukiyo.

Me miró a los ojos.

- Solo espero, hijo mío, que a ti no te falte el valor necesario si llegara el caso, – dejó el puñal en el suelo –, de ejecutar correcta y serenamente el seppuku.

No recuerdo como se levantó ni verla

alejarse de mi lado pero sí recuerdo el persistente aroma de su perfume que aún me acompañaba. Y recuerdo la presencia del viento al golpear las ramas de los árboles del jardín y como estos derramaban hojas, pues carecen de lágrimas.

Engawa: Parecido al porche de las casas americanas, está cubierto por el tejado y situado frente el jardín o la entrada de la casa.

Bujutsu: Conjunto de técnicas y artes militares practicadas por los guerreros feudales. **Kaiken:** Cuchillo más pequeño que un tanto. De unos 15 cm., de longitud.

Wakizashi: Espada mediana. Era el arma empleada para efectuar el seppuku.

Obi: Cinturón (en éste caso es la ancha faja que cubre la cintura de la mujer).

Jigai: Para el seppuku femenino aparte del kaiken se utilizaba el kwaiken un cuchillo de doble hoja. Las mujeres se seccionaban la arteria carótida. Previamente la suicida se ataba los tobillos o las rodillas para que al caer el cuerpo hacia delante las piernas no quedaran abiertas en una posición deshonorosa.

Uji no Osa: Título hereditario de los clanes originales. **Uji** (lit.: Clan original). Estos clanes aparecen en la llamada “era de los dioses” (kami no oyó). El jefe de

cada clan recibía el nombre de Uji no Osa.

Ukiyo – E: “Mundo flotante”, derivó en el shunga (imagen de primavera) siendo la primavera un eufemismo para señalar las relaciones sexuales. Las escenas de amor mostraban tanto relaciones heterosexuales como relaciones homosexuales (la película Gohatto; muestra las relaciones homosexuales entre samuráis; Danshoku Okagami, lit.: “Historias de amor entre samuráis”, también traducidas como “Historias gloriosas de amor viril” de Saikaku Ihara, 1642 – 1693. Se englobaba en la literatura chorin. Lit.: “Burguesía mercantil naciente”). Este tipo de arte estaba prohibido.

Oibara: “Suicidio para seguir a su señor”. La esposa de Onodera Junai (uno de los líderes de los 47 samuráis, efectuó el jigai como protesta por el seppuku de su marido).

Saigo Takamori: (1827 – 1877) líder destacado del ejercito victorioso Meiji para derrocar a Tokugawa. Posteriormente fue el instigador de la rebelión Satsuna contra el Emperador (película “El último samurai”), ante su fracaso, decidió hacerse el seppuku.

Oriku Oishi: Esposa de Oishi Kuranosuke, líder de

los 47 samuráis, se hizo el jigai como protesta por la decisión del shogún obligando a su esposo y demás ronin hacerse el harakiri. Están enterrados en el templo de Sengaku Ji, distrito Ryogoku, Tokio.

Akashi Gidayu: Representado en pinturas componiendo yuigon o zeppisu, (poemas de despedida), antes del seppuku.

Haragei

Anteriormente he mencionado a nuestros, dos, monjes domésticos y las funciones “divinas” que ejercían en nuestra casa.

Una mañana de noviembre los vi ejercitarse, en el jardín, en sus rituales. Por lo general eran individuos poco dados hablar de sus vivencias y mucho menos a exteriorizar sus opiniones sobre los ritos que efectuaban pero, ese día, se explayaron conmigo como jamás lo habían hecho antes.

- ¡Joven samurái! - me requirió uno de los monjes -, ¿qué opinas sobre el hara?. Me preguntó, de los dos monjes, el más bajito y

gordo.

La pregunta me cogió desprevenido como el picotazo de una avispa.

- Te hemos visto ejercitarte con el sable, – dijo el más alto –, debes saber que desde el hara nace la energía ki, desde el hara se controla la respiración y el equilibrio corporal y, desde el hara, se ejecuta el seppuku.

Me quedé inmóvil y pensativo.

- Y todo ello es necesario controlarlo para ser hábil con la espada, – no sabía que responder al más bajito que era el que había tomado la palabra –, el zen bien practicado mejorará tu espíritu y calmará tus emociones pues practicando la meditación inmóvil del zazen

hallarás los movimientos rápidos y fluidos para moverte, de esta manera, armonizas los movimientos del cuerpo, agilizas la mente y relajas la respiración, así lo escribió Takuan en su Kitsu Yoshu*, para mejorar el arte del kenjutsu, – tomó aire y me dedico una sonrisa, – además de todo lo dicho –, miró a su compañero –, si pronuncias el mantra “munen mushin” (lit.: “Sin idea y sin mente”) estás pronunciando el sagrado nombre de Buda.

En ese instante me quedé petrificado pues jamás habría soñado que nuestros monjes domésticos dominaran las enseñanzas mikkyo, secretas, del budismo.

- Cuando abrimos la boca, de par en par, para

expulsar aire se escucha **na** y cuando la cerramos para inhalar aire se oye **mu**, – el monje más alto tomó la palabra –, cuando abrimos la boca se oye **a** y cuando la cerramos se escucha **mi** iba reproduciendo las silabas que me enseñaba, – cuando volvemos abrir la boca obtenemos **da** y al cerrarla de nuevo **butsu**, de esta manera, las inhalaciones y exhalaciones repetidas tres veces equivalen a la invocación budista “**namu amida butsu**”que es el sonido simbólico de las tres letras **a** y **um**, – el monje elevó sus ojos al cielo y siguió explicando –, el sonido **a** se reproduce abriendo la boca y el sonido **um** cerrándola,– seguía mirando al cielo –, por consiguiente podemos afirmar que en el estado de

“ausencia total de mente”, munen mushin, estamos repitiendo el nombre de Buda aunque no lo pronunciemos en voz alta, de esta manera podemos concluir que el secreto del budismo se encarna en **a** y **um** o, dicho de otra manera,— bajo la vista del cielo y me miró a los ojos —, el arte de regulación de la propia respiración.

Permanecemos un buen rato, los tres, en silencio.

- Las advertencias apuntadas por antiguos maestros de kenjutsu (espada) a sus estudiantes les recomendaban que actuaran en el combate con la mente y el cuerpo completamente unificados mediante el hara, (vientre, y a la vez centro de gravedad),

fluyendo así su poder coordinado en ki (energía universal) y así, en todo momento, canalizando su fuerza a lo largo de movimientos circulares y espirales – el monje más bajito, a la vez que se explicaba, me mostraba la técnica con su bastón – es fundamental que desarrolles tu región abdominal sutilmente llamada shita hara, distinguiendo su aprendizaje y uso activo del hombre de armas bujin (guerrero), del aprendizaje y uso pasiva del hombre contemplativo – se miraron mutuamente – aunque ambos métodos solían enseñarse, inicialmente, mediante el ejercicio de sentarse (de rodillas) en meditación zazen y de la respiración abdominal para ambos casos.

Vi a los monjes sentarse en el suelo y les imité.

- Si das prioridad al poder de tus músculos (chikara) el resultado está condenado al fracaso – el más alto inició sus explicaciones – el poder de la fuerza física debe relegarse a una posición secundaria y hay que esforzarse para ganar experiencia en el control y empleo del espíritu o de la mente ki – se tocó la sien con un dedo – pues, cuando lo consigas, la correcta aplicación de la fuerza se convertirá en espontánea y la técnica más depurada fluirá por tu cuerpo; no fuerza bruta sin control.

En ese instante abría deseado estar cerca de mi escritorio, deseaba anotar todas aquellas

explicaciones.

- En el arte de la espada prima la técnica por encima de la fuerza – el más bajito habló – la habilidad y destreza por delante de la rapidez, la anticipación a los movimientos de tus adversarios llegan con la calma de tu mente (control de las emociones).

Volvimos a quedarnos en silencio, sentados en el jardín, en medio de la nada.

- Así mismo – joven samurái, me miró el más alto – es indiscutible que el kiai es el haragei vocal, es decir, la centralización abdominal que canaliza su poder y lo coordina hacia un objetivo a través de las cuerdas vocales de un hombre – oí un estruendo en mis oídos, y como mi cuerpo se

bloqueaba, y noté una presión en mi pecho “algo” invisible me proyectó hacia atrás y caí de espaldas – ¡Este kiai! – me miró el monje delgado – es la esencia fundamental de aiki (unión de energías) y kiai.

Poco a poco recobré la compostura. No me atrevía a sentarme, otra vez, cerca de los dos monjes.

- El poder del aiki se considera “silencioso” mientras el grito del kiai como un vector de poder – los dos monjes se miraron – la práctica del kiai tiene el efecto de fortalecer la región del saika – tanden (región abdominal, situada 5 cm., por encima del ombligo) y por tanto cerca del chakra del plexo solar constituyendo el desarrollo del

coraje físico y del poder oculto. El monje más bajo me dedicó otra sonrisa y se calló.

- ¡Si deseas vencer, perderás, si no te importa la victoria, ganarás! ¡Por ello, un buen guerrero, solo aspira a un buen combate! si la victoria cae de su lado, mejor, sino, habrá sido un buen combate, aunque ese día no haya vencido. Grábate en la mente todo lo que te hemos dicho. No recuerdo quién dijo esas últimas palabras pero les recuerdo asintiendo, a la vez, con sus cabezas afeitadas.

Se levantaron sin decirme nada más, mientras me ofrecían su última sonrisa. Al alejarse vi como saludaban a Kempachi y, entonces, comprendí que mi ayo les había

“obligado” a instruirme en sus secretos.

Hara: Abdomen, vientre. Punto donde se encuentra y parte la energía vital.

Ki: Energía universal. Potencia vital que proviene de la energía física y mental concentradas en el hara, se obtiene a través del control de la respiración abdominal base del haragei.

Zen: Escuela búdica de meditación. Creada por Bodhidharma y cuya finalidad principal es despertar la espiritualidad del individuo; no es una religión. Zen. Japonés. Iluminación. Zazen: Meditación sentado. Es importante la postura, respiración, etc..

Takuan: Maestro de zen, (1573 – 1646), influyó en el espíritu del kendo especialmente con el concepto “fudoshin” (el espíritu inmutable).

Kiai: Unión de las energías. Es el Ki llevado al plano físico. Es utilizado, también, en el kuatsu; técnicas de reanimación pertenecientes al seifuku, métodos secretos de transmisión desde sus orígenes. Se basa en percusiones, pellizcos, “golpes”, etc., sobre los puntos vitales.

Haragei: “Arte del vientre”. Se intenta dominar el ki,

generador de calma, destreza, vitalidad, eficacia, delicadeza, con su práctica se consigue un control total de los problemas existenciales.

Aiki: Estado pasivo de la mente. Sin vacilación, descuido, mala intención o miedo, es el Kiai estático. Es el principio secreto de las artes marciales, derrotar al oponente sin pelear “apoderándose” de su ki.

Chakra: (Ver capítulo Bu y Do, termino do).

* Kitsu Yoshu: A través del kiai y su estudio a fondo se llegó a la técnica del iritsima que consiste en un grito que lograría matar al adversario, ya sea al instante o varios días después, produciéndole trastornos diversos e irreversibles. A la hora de ejecutar éste tipo de kiai se debía “visualizar el punto de impacto”. Existía una antigua técnica ninja, el meso – jutsu que consistía en el arte de la meditación y la invisibilidad (el autor del libro ha experimentado con éxito entre muchos de sus estudiantes la antigua técnica ninja del saimin – jutsu; hipnosis).

Bu y Do

Hacía mucho tiempo que mi padre no me dirigía la palabra y no es que estuviera enojado conmigo, no, era simplemente por las muchas horas que dedicaba al daimyo y a los asuntos de nuestro propio clan. Por ello, aprecié enormemente que me dedicara parte de su precioso tiempo en explicarme ciertos conceptos que me eran desconocidos o abstractos acerca de las artes marciales y la espiritualidad.

- En la doctrina de las artes marciales la práctica del bujutsu (armas, técnicas, estrategias, etc., de los guerreros) casi nunca

se considera como el único aspecto de estas artes. – me había mandado llamar y aguardaba en la puerta, sin moverme, solo le observaba y oía – Todos los maestros de artes marciales, casi sin excepción, han escrito o enseñado que el bujutsu fue (y todavía se considera que es) algo más que una simple variedad de métodos de combate prácticos y efectivos. – me hizo una señal para que entrara en su despacho – Indican que estas artes son “medios” o disciplinas de desarrollo moral ideados para profundizar en la formación de una personalidad madura, equilibrada, e integra de un hombre en paz consigo mismo y en armonía con su ambiente social y natural.

Me senté dónde me indicó, frente su mesa.

- Se refieren, por tanto, a un sistema ético, de moralidad, que motiva e inspira la práctica jutsu (método) desde dentro y la lleva hacia la consecución de objetivos finales situados más allá de un simple combate entre dos hombres. – le observaba y oía sin pestañear – Esta manera de pensar y actuar dentro del bujutsu suele recibir el nombre de budo. – detrás de mí, Kempachi, taladraba con sus ojos mi cogote; lo notaba – Es un término formado por la combinación de dos caracteres, kanji, el ideograma de bu, que significa método de guerra, y do, que significa camino y también “vía espiritual”.

Mientras él me aleccionaba yo pensaba que si había un ejemplo de hombre recto en el mundo, sin duda, ese era mi padre.

- El do se traduce como “camino” en su sentido literal pero va más allá, así podemos decir que su significado se debería entender por “el camino de ver o comprender” cuyo sentido es el de profundizar en el concepto filosófico o religioso* o como doctrina, es decir, los principios enseñados, y aceptados, por un grupo de partidarios de una filosofía, una secta religiosa o una escuela, ryu. – me miraba fijamente, pero su voz era cálida – Como tal, do, denota creencia más que técnica, percepción más que ejecución, motivación más que acción, así pues, el concepto filosófico – religioso por encima del técnico – científico.

Miraba las manos de mi padre, inmóviles mientras me aleccionaba sobre el budo, pues

si osara mirarle a los ojos Kempachi volvería a estamparme sus cinco dedos en el rostro; como ya hizo en alguna ocasión de pequeño.

- El budo, por consiguiente, se identifica con las motivaciones éticas que regulan la conducta del guerrero y equilibran su bujutsu (las artes de guerra), es decir, la ética del budo al servicio de la moral en la guerra y la vida civil del soldado – me miró muy serio – un equilibrio difícil, delicado, y constante pensé – obediencia, lealtad y respeto son los valores que todo buen buke debe desarrollar.

Con diez y seis años recién cumplidos la obediencia, la lealtad y el respeto se me hacían valores entendibles aunque difíciles de llevar a la práctica.

- El bu es el “como”, estrategia, técnica, combate y el do es el “equilibrio”, armonía, flexibilidad, por lo tanto son dos fuerzas antagónicas que tú, – me señaló – deberás equilibrar cada día de tu vida, en cada acción que lleves a la práctica e incluso, en cada pensamiento, eso es budo, saber estar y actuar correctamente conforme a tu criterio y posición social y / o individual en cada momento de tu vida.

En ese instante pensé que yo jamás sería un buen practicante de budo pero estaba equivocado pues nadie puede aventurarse a predecir el futuro, sencillamente, porque se denomina futuro a lo que no ha sucedido físicamente y por consiguiente no existe, así pues, yo defino al presente como bu y do y su

fruto, el futuro, un estado ideal, el nirvana.

Daimyo: Señor feudal.

Bu: Método de guerra.

Do: Camino, vía. Conduce a un estado mental superior a través de una actividad con fin educativo. Jutsu es su aspecto físico, Gei el aspecto psicológico y Do el aspecto espiritual. Do: Kendo; peto para proteger el pecho, allí se encuentra el “plexo solar” o chakra Anahata (el más importante de los siete chakras pues armoniza los tres de “arriba” con los tres de “abajo”). El Do, cubre el 3º y 4º chakras (ver capítulo [Haragei](#))

*(ver capítulos de la serie Kung Fu, en especial, las secuencias entre los monjes y “el pequeño saltamontes” y los koan que se establecen entre los personajes).

Koan: Zen. Proyecto. Proposición (pregunta o respuesta) absurda que excluye, aparentemente, todo juicio y razonamiento.

Buke: Casta militar, descendientes de los maestros de artes marciales.

Nirvana: Sánscrito. Lit.: “Extinción”; ausencia de sensación o voluntad. Budismo, zen.

Zen

Estaba en el jardín rezando frente al túmulo en memoria de Akira, mi hermano mayor fallecido en mi infancia; había cumplido, recientemente, los dieciséis años, cuando apareció mi ayo – ¡Todo un hombre ya! me susurró al oído Kempachi acompañando sus palabras de un sonoro cachete en mi cabeza. A esa edad ya se esperaba de mi que ejecutara, sin vacilar, cualquier orden del superior de mi clan, del daimyo, o del Shogun aún a costa de poner mi vida en peligro, la de mi familia, o mis posesiones. Toda aquella responsabilidad me

atormentaba.

Aquella noche tuve una inquietante revelación, no vi ningún Oni (diablo) o los temidos Tengu (mitad hombre y mitad pájaro), no, otra imagen, el rostro de Akira vino a calmar mi angustia y sed de conocimientos.

- ¡Hermano! – me dijo apareciendo su rostro de la oscuridad – puedo asegurarte que, desde donde me encuentro, he observado que las motivaciones éticas del bujutsu, la doctrina de las artes marciales, contienen tantas referencias al budismo conocido por nosotros (Japón) como zen que la relación que existió entre el zen y el bujutsu – fijaba mi atención en sus labios – generalmente se

afirma que el zen fue la base de las artes marciales en el Japón feudal, que dio a la doctrina del bujutsu una teoría y una filosofía para explicar y justificar la práctica de las artes marciales, y que ello dio al bujin técnicas apropiadas para desarrollar un fuerte carácter y personalidad. – desde mi posición, me repetía – Se, por ejemplo, que los bushi solían, en el pasado, entrar en los templos zen y usar sus salas de meditación donde los señores, los nobles y los samuráis, se retiraban periódicamente para prepararse mediante la meditación en su vocación militar. – por momentos, una “nube de vaho” difuminaba su rostro – Esas salas eran denominadas dojo, “lugar del despertar”, cuyo nombre fue adoptado por los bujin para

identificar, posteriormente, todas las salas donde se practicaba el bujutsu. – miraba sus labios, finos y rojos, que no se difuminaban como el resto de su rostro – Otro nombre adoptado por los bujin, entre la rica nomenclatura del zen, fue osho, cuyo significado es el de maestro o profesor, y que es el título que reciben los sacerdotes budistas. – aquellos labios encamados se acercaron a mi cara – Este título se llegó, incluso, a otorgar a los maestros de espada y lanza. – aquellos labios estaban tan próximos a mí que notaba, o me lo parecía, su “aliento”, suave, a rosas – Se, también, que los sacerdotes budistas viajaban a diversos centros o castillos donde instruían a los daimyos locales y sus samuráis en

técnicas de meditación y control mental. – no podía apartar mis ojos del rostro de Akira – Su misión consistía en restablecer el estado original de pureza y transparencia para alcanzar el conocimiento definitivo o iluminación, satori, y en consecuencia la liberación final, nirvana, de las presiones y sufrimientos de la vida cotidiana. – me fijé en la mirada de sus ojos, intensos, aunque serenos – El último objetivo del zen, por consiguiente, es lograr tener una percepción de la realidad a fin de distinguir lo que es verdadero de lo que es falso y el buen camino del mal camino que, continuamente, llevan a los hombres por la senda de la incoherencia, los vicios, y el desorden. – noté una presión en mi pecho – El zen, como el antiguo

budismo, comparten un inmenso respeto y amor por todas las formas de vida existentes. – la presión se hizo más intensa – El zen mira directamente el misterio de nuestro propio ser que, de acuerdo con el zen, es la propia realidad que nos envuelve. – a mi me envolvían aquellas palabras y la presión en mi pecho que no cedía – Este examen y búsqueda interior es uno de los principales caminos hacia la salvación ofrecidos en las antiguas enseñanzas de Buda, en sánscrito, dhyana, meditación. – la presión, en ese instante, cedió por completo – Ese conocimiento se extendió por China donde recibió el nombre de ch'an y aquí (Japón) el dhyana se denominó zen. A fin de fortalecer tu espíritu y el de tus hombres, cuando

llegue tu momento, buscad en el zen el medio de luchar contra los terrores de vuestra profesión y la existencia en general. – me notaba con mucha energía como si yo también pudiera gravitar – Los guerreros no habéis sido, y nunca se os dejará ser, intelectuales, – los labios rojos se tensaron y la mirada de aquellos ojos se endureció – asentados en una dimensión violenta, militar y política, y con poco tiempo para la cultura haz que tu clan, como mínimo, lea e intérprete sabiamente los “Cinco Clásicos” de otro modo las tinieblas y el caos guiarán vuestras acciones. – las facciones del rostro de Akira se suavizaron – No permitas que eso os ocurra, ¡Hermano mío!. Poco a poco el rostro fue desapareciendo y yo sentía una

gran alegría donde minutos antes había sentido una tremenda presión, mi pecho ardía de emoción. Akira había acudido, aquella noche, para aclararme un concepto que, para la mayoría de practicantes de budo pasa desapercibido, si tus actos dentro del budo son indignos, también te pasan factura tanto a nivel civil (penal) como espiritual.

Cinco Clásicos: También llamados gokyo. 1º. Shu Ching (libro de documentos), 2º. I Ching (libro del cambio o mutación), 3º. Ch'un Ch'iu (anales de primavera y otoño), 4º. Li Chi (registro de rituales), 4º a. Ta Hsüek (libro del gran conocimiento), 4º b. Chüing Yung (doctrina de los medios), 5º. Shing Ching (clásicos de canciones).

El 1º y 2º pertenecen a lo que se conocía como “pequeños clásicos” (shokyo), el 3º, 4º,

4º a y 4º b se conocían como “grandes clásicos” (daikyo).

La traducción japonesa de los cinco clásicos se denominaban: 1º. Shokyo, 2º. Ekikyo,

3º. Shunju, 4º Raiki, 4º a. Daigaku, 4º b. Chuyo y 5º. Shikyo.

Tengu: Seres mitológicos que habitaban las copas de los pinos y cedros. Se les considera descendientes de Susano Wo no Mikoto (dios de la tormenta). Se dice de los Tengu que cayeron de las estrellas a la cima del monte Kurama. Existen varias categorías destacando el O Tengu (gran Tengu), Karasu Tengu (Tengu

cuervo). Analizando los pasajes de la literatura japonesa los Tengu desarrollan dos facetas, la de salvar a muchos bushi y la de iniciar en arcaicos misterios a ciertos personajes. Se les representa vestidos como a los monjes Yamabushi creadores de los ninjas.

Osho: Con el tiempo este título se concedió, también, a los maestros de espada y lanza.

La boca

(Suprema importancia de un órgano
infravalorado)

La boca, por si misma, despierta admiración (dientes sanos y bien cuidados). Despierta la libido sexual (labios pintados) y por su forma (grosor y longitud) deseo y / o diversas sensaciones dependiendo del observador.

Por desgracia o por desconocimiento no se aprecia el incalculable potencial de la boca y su significación estratégica dentro del cuerpo humano y las manifestaciones más elevadas (espirituales) que de ella se emanan.

La boca es el órgano por el cual manifestamos nuestra conciencia y libertad. Desde allí se controla la respiración, la alimentación, y nuestras palabras. Así pues, es el vehículo entre el cerebro (satori) y el estómago (hara) y el órgano que más influye en nuestras vidas.

Las palabras que salen por la boca son el factor determinante de la personalidad del individuo. Los sistemas circulatorio, digestivo, y nervioso se reúnen en la región de la boca (el sentido del tacto alcanza su máximo clímax sexual en la boca y los labios, así como el gastronómico en el paladar).

La boca aporta al cuerpo y distribuye alimento, oxígeno, y vibraciones. Alimento al

estómago, oxígeno a los pulmones y al cerebro, y reparte vibraciones por todo el cuerpo mediante el aire que aspira, mantras.

Para desarrollar el kiai (grito), en las artes marciales, y la respiración dentro del zen la boca es esencial, como lo es la respiración abdominal y control del ki (energía) a través del hara, estómago.

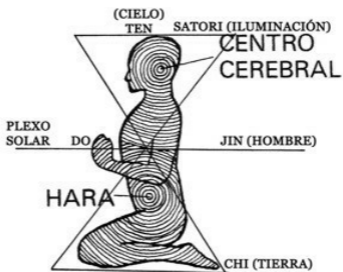
Según las escrituras Dios creó el mundo a través de la “palabra divina”. Recordemos también las palabras que pronunciaron Jesús o Buda y que cambiaron el mundo. Aún hoy día se utilizan locuciones como “dame tu palabra de honor”, “prometes o juras” (cargos públicos, en un juicio o una boda, el famoso ¡Si, quiero!) Y fue Jesús quién nos

advirtió que se obraba mal de tres maneras: Acción (física), palabra (jurar en vano, blasfemar, hechizos, conjuros, etc.) y pensamiento, pues bien, las tres se dan cita en la boca. El pensamiento cobra forma mediante la palabra (jurar en vano, blasfemar, hechizos y conjuros) y la acción mediante el kiai (un kiai bien entrenado puede matar).

Para finalizar apuntar que tanto en las artes marciales, el zen, en el kuatsu, en el amor, en una “vista oral” (juicio), como las relaciones entre seres humanos, etc., la boca es un órgano principal y no en vano recibimos al nacer, después de “un azote”, el primer aliento “divino”, la primera inhalación, de nuestra existencia. La primera comunión o

un enlace matrimonial es sellado con un “sí quiero”. Para seducir empleamos palabras románticas, para atacar a otros (ofender), palabras hirientes, y para insultar tacos. En cada situación, las palabras obran el efecto deseado. El deseo penetra en nuestra mente, casi siempre, a través de los ojos pero el buen humor, por ejemplo, a través del oído con un buen chiste (ahora están de moda los monólogos). Por cierto, el oído, es el sentido del miedo. En el cine se emplea para generar el clímax adecuado de miedo, intriga, pánico o euforia.

La boca



Las manos

Son, sin duda, el elemento ejecutor (acción) más importante del cuerpo humano después de la boca. Los sordomudos, por ejemplo, no podrían comunicarse sin sus manos y no ejecutaríamos ninguna actividad sin ellas, de cualquier índole, pues las manos ejecutan directa o indirectamente todas, o casi todas, las acciones motoras.

Para saludar, para amar, para comer, para atacar o defendemos utilizamos las manos. Para escribir y para asearnos. Las manos son ejecutoras por excelencia de las mejores y las peores acciones físicas. Son las herramientas

de las herramientas. Sin las manos las obras civiles o militares, y por ende, la civilización como la entendemos no existiría. Casas, puentes, autopistas, líneas férreas, aviones, barcos, ordenadores, nada existiría sin el vehículo que obedece a la mente en la ejecución de las ideas, los pensamientos, las manos.

En las artes marciales las manos son elementos de ataque, defensa, equilibrio, armonía, curación y magia.

A las palabras “sagradas de poder”, mantras, debemos incluir los gestos o posturas que adoptan los dedos de las manos, mudras. Así, uno es el complemento del otro pero, tan importante como recitar un mantra mientras

se ejecuta el pertinente mudra es la “visualización” del lugar donde deseamos “mandar aquella energía” ya sea en forma de vibración fonética mantra o de gesto con las manos mudra, pues el pensamiento es, al fin y al cabo, el mejor vehículo para llegar donde nosotros queramos ya que la mente no tiene limitaciones físicas aunque si limitaciones o barreras que uno mismo se auto – impone.

Los ninjas aprendieron de los monjes Yamabushi un potente vehículo en forma de nueve mudras y mantras denominado Kuji Kiri (Rin, Pió, To, Sha, Kai, Jin, Retsu, Zai y Zen). La palabra japonesa que define mudra es Kei – In (Kei: contrato; In: sellar) así esta palabra significa “hacer un pacto con el espíritu”. In (el sello, es decir, el mudra)

corresponde al cuerpo (acción) de los tres misterios (pensamiento, palabra y acción) y es una forma visible (el mudra), mientras que Kan (meditar) simboliza el pensamiento en la contemplación sobre una determinada divinidad. Cuando el gesto (mudra) se une al pensamiento (vehículo; donde mandaremos o visualizaremos el destino de ese pensamiento) se llega al verbo creador (mantra) el triple misterio es conducido a su máxima expresión (mudra + mantra + visualización = consecución del fin perseguido). El dibujo muestra el chakra del centro de la palma de la mano y las espirales de los cinco dedos.

Muchos practicantes de artes marciales desconocen que el mudra Rin se ejecuta en

la sanación mediante la imposición de manos como un potente escudo protector y de curación a distancia, concretamente a esta posición de las manos la describen como “posición de enfoque”.

Cuando en las artes marciales se efectúan rompimientos de tablas, bloques de hielo, etc., el practicante cierra los ojos para “concentrarse” pero, en lugar de eso, debería estabilizar su respiración, concentrar la energía ki en el abdomen, visualizar el rompimiento con éxito y... dejarse llevar.



Un final heroico

...era el tercer día de batalla. Los que seguíamos con vida estábamos agotados, las heridas, la lluvia y la humedad nos castigaban más que el hambre. Recuerdo que, en círculo, espalda contra espalda luchábamos como tigres. En el centro manteníamos a los agonizantes y los heridos y, a falta de médico, el más hábil entre nosotros cosía heridas amputaba miembros o extraía todo tipo de objetos, puntas de flecha, trozos de lanza o balas.

Las pocas piezas que aún permanecían enteras de mi armadura me causaban un

tremendo dolor. Las uniones, dadas de sí, pellizcaban mis articulaciones, el cuero se había vuelto muy rígido, y no me permitían mover con agilidad, para colmo de males, hacía un día que no paraba de llover con fuerza y, la hakama como los tabis estaban empapados, luchar así era desalentador.

Nuestros adversarios aun siendo más estaban extenuados y descorazonados pues al hecho de pelear contra menos hombres pero mejor situados, nosotros peleábamos desde lo alto de la colina y ellos desde abajo, se unía el hecho, a nuestro favor, de contar con todos nuestros generales, cosa que no podían decir ellos, y eso se notaba a la hora de tomar decisiones urgentes en el campo de batalla.

La severa educación recibida, la dureza, de mi ayo Kempachi en su entrenamiento y los grandes conocimientos que adquirí hacían de mi el más joven de los generales de mi clan, pero a la vez, el más bravo y un líder al que mis hombres seguían con los ojos cerrados.

La batalla se prolongó un día más, si no moríamos pronto bajo las katanas de nuestros oponentes se encargaría de hacerlo el hambre o el agotamiento, así que decidí, sin contar con nadie más, atacar frontalmente a nuestros adversarios y llevarme conmigo el mayor número posible de ellos y dejar así nuestra memoria y honor en buen lugar. No dije nada, solo me aparté un poco del resto de hombres, les miré a los ojos y, en silencio, les fui dando las gracias.

Gracias por haber estado siempre junto a mí, gracias por no oír jamás una queja de vuestros labios, gracias por ser unos bravos guerreros y excelentes hombres y, gracias, por morir hoy a mi lado. Recuerdo que incliné levemente la cabeza y cogí otra espada que se erguía clavada en el barro. Recuerdo que me giré con rapidez y gritando inicié el descenso por la colina. En poco tiempo me vi rodeado de adversarios con una katana detenía cortes y estocadas y con la otra cortaba o apuñalaba. La destreza de mis adversarios, simples soldados de infantería, sin sus lanzas, rotas o perdidas, se veía muy mermada al intentar pelear con una katana pero así es la guerra, como la vida misma, solo sobrevive quién se adapta mejor y yo, en

eso, era un maestro, Kempachi insistía en mi deber de “adaptación” a todo lo que me rodeara – ¡gracias Kempachi! – y ahora los que me rodeaban no eran muy hábiles con una espada entre las manos.

Cuando uno lucha de ésta forma, sin importarle ya nada, pierde la noción del tiempo, pierde toda sensación, frío, hambre, dolor, ya nada tenía importancia para mí, salvo librar a mi clan y mis tierras de los invasores que ahora nos hacían frente.

Perdoné la vida algunos jóvenes pues vi el horror dibujado en sus rostros y como en un acto deshonesto, pero excusable debido a su corta edad, tiraban al suelo, presas del pánico, su sable para así pedir clemencia por

su vida. En estos casos yo no dañaba al rival pero algunos hombres, viejos samuráis, cortaban o amputaban algún miembro para asegurarse que, una vez les daban la espalda, no les agredieran por la retaguardia. Yo creía que era suficiente vergüenza regresar con los tuyos sabiendo el acto cometido, sé, que una afrenta así no se perdona jamás por los de tu clan, por tu familia, y lo peor de todo por uno mismo pues se pierde toda autoridad y honor, se pierde la dignidad como guerrero y hombre, así pues, la vergüenza y deshonor eran superiores miles de veces a un corte de mi espada.

No recuerdo el tiempo que seguí luchando, pero sí recuerdo que todo transcurría despacio. Recuerdo las gotas de sudor al

tocar mi cuello y la sangre de mis oponentes llegar a mis mejillas al seccionar mi espada alguna de sus arterias. Recuerdo los gritos al atacar de rabia, al retroceder de miedo, y al caer heridos de súplica... – Kempachi una vez me dijo: “El hombre que se rinde, que tira su espada, y pide clemencia es un cobarde, bajo tortura además un traidor” – muchos de ellos, cadetes, ya sabían por el color de la sangre donde habían sido alcanzados y rápidamente se suicidaban pues si la herida no era grave serían capturados y torturados y de ser grave sería, muy posiblemente, una muerte agónica.

Es en éstas circunstancias cuando más se aprecia la vida y la paz, la amistad, y quién es afortunado el amor. Para nosotros, los

guerreros, todas éstas son palabras llenas de fuerza y les damos un gran valor.

Como decía, el tiempo transcurre despacio, todo se desarrolla con lentitud, hasta el movimiento más rápido parece lento. Mis heridas no me impedían tenerme en pie ni seguir luchando con ardor. Tenía herido un muslo, donde no termina de proteger bien el haidate, y arañazos en los hombros por la rotura del sode, la protección en aquella zona. Por lo demás estaba como el resto de mis compañeros, sediento, exhausto y empapado en una mezcla de agua sudor y sangre.

Así me había descrito Kempachi las batallas, así las había imaginado yo de niño, y así eran

en realidad lo que no me había dicho nadie, ni tan siquiera el sabio de Kempachi, era, la soledad, el tremendo vacío que uno siente en medio del combate y el miedo que uno siente a ser herido, es un miedo que se extingue al ver tu propia sangre correr por primera vez, es como “el bautismo de batalla”..., todo eso se le olvido a Kempachi. Pero todas esas sensaciones, y muchas más, se aprenden rápidamente en el campo de batalla como se aprende a obedecer sin protestar o como diría mi padre – “que el sacrificio de uno, sirva al resto” – mi sacrificio era luchar sin tregua por mi clan y mis tierras.

No sé como ocurrió pero un infante acertó con su yari en mi hombro izquierdo. No fue una estocada profunda pero si dolorosa,

además, rápidamente hice un movimiento hacia atrás con todo el brazo antes que él rematara la estocada, con un paso adelante, y entonces si estaría perdido. Sin saber cómo vi al infante caer de espaldas, yo no había hecho nada, pero vi como lentamente caían él y lanza, bañada la punta con mi sangre, al encharcado suelo. Giré instintivamente la cabeza y allí los vi, eran mis hombres bajando la colina y, a su paso, segaban con sus katanas todo lo que se movía, cuando no, los arqueros disparaban sus certeras flechas y una de ellas acabó con el joven infante. Pronto los que me rodeaban no eran enemigos sino hombres de mi clan que aún resistían. Era la tarde del cuarto día de combate, creo, ya he dicho que se pierde toda

noción de espacio y tiempo. Aquella tarde era de un rojo plomizo y amenazaba otra vez lluvia, el cansancio era total, y las caras de mis hombres, que deberían ser un reflejo de la mía propia, eran de facciones desencajadas, con los ojos de “loco”, una mirada entre perdida y furiosa.

... pasó mucho tiempo pero recuerdo que mi espada se movía más por mi voluntad que por mis fuerzas y, en un momento dado, al abrir los ojos, lo que vi me sumió en un mar de dudas y tristeza, no tenía adversarios delante solo las ramas de un cerezo al cual ya no le quedaban hojas ni casi ramas..., ¿cuánto tiempo llevaría “atacando” aquel árbol?. Miré en todas direcciones y solo vi cuerpos yacentes a mis pies, ya no llovía, y

miré al cielo despejado de nubes teñido con un tono rosa en el horizonte, lo contemplaba, con un regusto de sangre en la boca. Dejé caer mi espada y me toqué el hombro que ya no sangraba, la herida estaba seca..., me arrodillé junto mi katana, erguida, junto al cerezo.

Recé a mis antepasados y por el alma de mis hombres, aunque, no sabía los que seguían vivos, tampoco importaba, como también recé por las almas de mis adversarios pues, en una batalla, ¿quién tiene la razón?.

Cuando terminé, con gran dificultad, me erguí sobre mis doloridas, cansadas, y heridas piernas y re Coloqué lo que días atrás fue una herencia familiar la armadura de mi

padre guardada con toda pompa y respeto en una habitación especial de la casa desde los tiempos de mi abuelo, ya que éste fue, su primer dueño.

Avancé despacio, dubitativo, me costaba moverme y respirar mientras miraba con atención los cuerpos, muchos de ellos destrozados, que iba viendo en mi deambular. Observaba aquellos restos sin vida esperando una señal para acercarme pero, aquellos cuerpos tendidos, ya no tenían vida. Amigos y enemigos se amontonaban en grupos, aquí dos, allí tres o cuatro, alguno solo, los menos. Recogí una lanza la cual utilicé de bastón y, también, por si alguien intentaba sorprenderme aunque, era raro pues, no oía lamentos ni quejas y nadie

rogando el golpe de gracia o clemencia. Así me desplazé por todo el campo de batalla, hasta subí la colina, el lugar donde tan bien nos protegimos por espacio de tres días. Todos estaban muertos. No quedaba nadie con vida, solo yo, ¿por qué el destino me había preparado aquella última jugada?.

Medité largo tiempo mi futuro, como si de una pregunta filosófica se tratara, con escasos veinticinco años de edad uno ve el tazón de te medio lleno, y no medio vacío, es decir se agarra a la vida. Medité, como he dicho, largo rato sobre lo que debía hacer y ya había tomado una determinación cuando oía los primeros carros llegar. Eran maleantes y campesinos de la zona ellos se encargarían de usurpar nuestras espadas, el

bien máspreciado, las armaduras, legitimo por linaje, y arrancamos la vida, si alguno la conservaba, para acallar la voz que les pudiera delatar por aquel pillaje, castigado por la ley, y repudiado por los samurais hasta los Ronin se avergonzaban de tales actos.

La base de la colina era amplia y tardarían en llegar. Les oía como se iban repartiendo piezas sueltas de armaduras, como se rifaban armas y como se disputaban las katanas de los oficiales más suntuosas, lógicamente, a las del resto de la tropa. Gozaba del tiempo suficiente para llevar a cabo mi plan, que no era otro que, ejecutar el suicidio ritual, el seppuku.

Busqué un espacio adecuado entre la base de

un kito (árbol. Literalmente significa, calma) y el horizonte, viendo el crepúsculo, los últimos rayos del sol me indicarían el camino de los antepasados como un día recorriera mi hermano Akira ¿vendría él ahora a buscarme? ¿vendrían los guerreros de mi clan, Kempachi al frente, a buscarme? el sudor bañaba mis manos. Busqué en mi cinturón mi wakizashi, lo saqué con su saya, lo desenvainé y dejé sobre la hierba. Me quité, por fin, la armadura y la deposité con todo el cuidado que pude en la base del kito. Me quedé, tan solo, con el shitagi y la kobakama puestos, me arrodillé mirando el cobrizo horizonte, y recordando las palabras de mi madre, de medio lado, el tronco del árbol me ayudaría a culminar mi misión por

si las fuerzas me flaqueaban y no podía terminar la acción, me dejaría caer sobre el tronco, así terminaría de golpe el sepukku.

Alcé los ojos hacia el sol, contemplé por última vez el cielo – ¿podría volar ahora? Me pregunté – la hoja del wakizashi me quemaba en las manos, sudaba ahora tanto o más que durante la batalla, debía vencer aquel pequeño atisbo de “cobardía” que empezaba aflorar en mi voluntad, así que con determinación mi mano izquierda buscó el lugar idóneo para la incisión, y allí se dirigió la punta del wakizashi, hacia la parte izquierda del bajo vientre. Efectué mi última inspiración y, consciente que era la postrera vez que lo hacía, seguiría una expiración larga y dolorosa pues lo vi, alguna vez, en las

caras de otros que cometieron seppuku antes que yo. Después, el cuerpo se vence al frente, el suicida intenta aguantar y espera el “golpe de gracia”, la decapitación, yo no tendría tanta suerte pues solo disponía del tronco de un kito.

Oía como los rufianes ascendían, repartiéndose objetos, por la colina. En cuestión de minutos caerían sobre mí y no quería darles el privilegio de contar a sus amigos como se enfrentaron a un samurai y lo derrotaron así que, redoble mi valor y... rabia, recordé las palabras de mi madre y mirando al sol fui pronunciando el nombre de mis progenitores y hermanos, el de amigos y guerreros y dejé para el final, entre un grito de rabia y dolor, el de mi querido

ayo ¡Kempachi!.

Michi O Osameru

(alcanzar la vía)

Glosario de términos técnicos que aparecen o se aluden en la obra.

Aisu o **Aizu Ikko**: (1441 – 1538). Fundador de la escuela Kage Ryu o Aizu Kage Ryu.

Aizu Koshiro: (1518 – 1590). Hijo de Aizu Ikko que se convirtió en su sucesor al frente de la escuela. Transmitió sus enseñanzas a **Kamizumi Isenokami** fundador de la escuela Shinkage Ryu.

Araki Mujinsai Mataemon Minamoto no Hidetsuna: (1584 – 1638). Creador de la escuela Araky Ryu especializada en Kama (hoz), Kusarikama (hoz con cadena), Torite

(combate sin armas Ju – Jutsu) y Kogusoku (combatir con un mínimo de armadura y /o protecciones). Sobrevivió a la reforma de la época Meiji al ser patrocinada por la familia Matsudaira.

Asahira Saburo Yoshihide: Guerrero que se destacó por su destreza en el manejo del Konsaibo (bastón de madera reforzado con tiras de hierro) en sus combates.

Asayama Ichiden Shigetatsu: Maestro de Artes Marciales fundador de la escuela Ichiden Ryu, siglo XVI.

Bokuden Tsukahara “alias” Urabe Tomotoka: (1490 – 1571). Fundador de la escuela Bokuden Ryu. Desarrolló los conceptos Mutekatsu (victoria sin manos) y Fudo no Seishi (espíritu imperturbable).

Urabe Kakuken, su padre, le enseñó los estilos Kashima Shinto Ryu y Shinkage Ryu.

“Cacería de las espadas”: En 1588 Hideyoshi Toyotomi decretó la primera de las ordenanzas que iban a tener una enorme influencia en la definición del término “samurái”. Se trataba de las famosas “cacerías de espadas” y consistía en desarmar a campesinos y pescadores de todas las armas que estos poseyeran y ponerlas en manos de los Daimyo's locales.

Chiba Eijiro: (1832 – 1862). Célebre Samurai por su “golpe de látigo” con el Shinai. Hijo de Chiba Shusaku.

Chiba Shusaku: (1794 – 1855). Maestro de Artes Marciales y fundador de la escuela Hokushin Itto Ryu. Denominaba a su estilo

Kumitachi (Kenjutsu) y abogaba por el uso del Bokken (espada de madera) recto y los Uchi – Kote (protecciones de antebrazo y mano) para el combate.

Chujo Nagahide: Samurai y Maestro de Artes Marciales fundador de la escuela Chujo Ryu (1400). Su estilo de Kenjutsu dio pie a una veintena de estilos diferentes. Hatta Tomoe, su padre, le enseñó los estilos Chujo Ke Ryu y Kamakura Nen Ryu.

Daimyo: Señor feudal. Lit.: “Gran nombre”. Fueron derogados en 1871.

Fujiwara Uona: Guerrero y Maestro de Artes Marciales. Según la escuela Kukishinden Ryu (existen dos tradiciones una Samurai y la otra Ninja; esta es más antigua), fue el creador de un tipo de

Nagamaki (alabarda parecida a la Naginata (arma compuesta de un bastón y una hoja fina) que servía para cortar las patas de los caballos) a partir de un Bisento (arma compuesta de un bastón y una hoja ancha) en el año 751.

Fukuno Shichiroemon: Maestro de Artes Marciales y fundador de la escuela Fukuno Ryu y segundo maestro de la escuela Kito Ryu. El Fukuno Ryu (inicios del periodo Edo) está basado en el estudio del Kempo. Con sus técnicas influyó en la escuela Tenjin Shinyo Ryu.

Giri o Kiri: Corte. Existen cinco básicos para hacer el Seppuku: Ichimonji (horizontal), Nijimonji (dos cortes horizontales), Sanmonji (tres cortes horizontales), Jumonji

(un corte horizontal y otro vertical; en forma de cruz), Mondokoro (cortar el abdomen según el Mon; emblema, escudo de la familia).

Gunki Monogatari: Obra que se basa en narrar la historia militar.

Harakiri: El primer harakiri documentado es el del bravo guerrero Minamoto Yorimasa, en el templo Byodo – In, durante las guerras Gempei (Guerra Civil del Japón medieval, entre 1180 y 1185, entre los clanes Minamoto y Taira).

Hatamoto Kabukimono: Durante el periodo Edo, se denominaba así a los Bushi que no tenían ocupaciones precisas y que a su vez cometían fechorías ayudados de los Yakko (subordinados, inferiores).

Hikida Bungoro: (1537 – 1606). Maestro de Artes Marciales y fundador de la escuela Hikida Kage Ryu. Fue, en su tiempo, considerado como uno de los cuatro reyes (Shi Tenno) de la espada. Fue el primer maestro en introducir el Shinai (espada de bambú) en el entrenamiento.

Heian: Periodo histórico de 794 a 1192; como en la Edad Media europea, se desarrollan torneos de todo tipo. Es el periodo del auge de los caballeros y guerreros en el Japón.

Heiji Monogatari: Crónicas de la rebelión Heiji de 1160.

Heijo – Shin: Estado de tranquilidad durante un combate.

Heiki Monogatari: Relatos de la casa de Taira, donde se exalta el espíritu guerrero.

Heimin: “Pueblo común”. Así se denominaba a los Samurais que no lograron ser Shizoku en 1870 (periodo Meiji), cuando la clasificación social de los Bushi desapareció.

Hogen Monogatari: “Historia de la guerra del Hogen”. Obra que exalta los ideales guerreros del periodo Kamakura.

Ibaragi Sensai: Bushi entrenado en el estilo de la Yaguy Shinkage Ryu y creador de la Kito Ryu.

Ichikawa Mondayu: Guerrero conocido por su manera de enseñar a base de resistencia y dureza. Durante aquel periodo aparecieron el Ju – Jutsu y el Judo (kawami; ejercicio físico muy duro, método de enseñanza y lema de Mondayu).

Ikkiuchi: Combate cuerpo a cuerpo.

Jinno Shotoki: “Recuerdos de la sucesión legítima de los soberanos divinos”. Obra escrita por Kitabataka Chikafusa en el siglo XIII. En ella se exalta las cualidades divinas de la Katana (ver Bujutsu Taikaku o Taihaku Seiden, cap. ([El camino del autocontrol](#))).

Jishin: Confianza en uno mismo.

Jotatsu: Progreso.

Jozu: Habilidad, destreza (jukuden).

Kai no Gunritsu: “La disciplina militar de la provincia de Kai”. Obra de Takeda Shingen, escrita en el siglo XVI. En ella se recuerda la importancia del honor y la lealtad de los Bushi.

Kaishakunin: Kaishaku (atender), Nin (persona), asistente del suicida (ver cap. [El Seppuku](#)).

Kendo Ron: (Tratado de Kendo) cuyo autor fue Yamada Jirokichi y también del Shuyo Shosei Ron (Tratado sobre la enseñanza del espíritu y de la vía del Kendo).

Ki - Ai: Unión del espíritu y la mente. Grito en el momento del impacto para transmitir la potencia mental (Ki) a la fuerza física y armónica Ai. Técnica para potenciar el impacto sobre la superficie del cuerpo del oponente o del elemento que se desee romper (utilizada por muchos estilos de karate al efectuar rompimientos; maderas, ladrillos, barras de hielo, etc.) y así multiplicar sus efectos.

Kiri Sutegomen: Ley que permitía al Samurai llevar una Katana y batirse en duelo por honor.

Kusunoki Masashige: Samurai que protagonizó gestas militares, según leyendas, fue el primer guerrero en encargarse de un Hachiwari (sable que servía para romper el casco, kabuto, de los adversarios) para utilizarlo en combate. Promotor de la escuela Kusunoki Ryu, especializada en Ninjutsu.

Kojiki: “Crónicas de las cosas antiguas”. Obra del año 711 donde ya se define la cultura guerrera japonesa que daría pie a las Artes Marciales.

Mannaka: Centro.

Miura Yoshitatsu: Samurai que legó las técnicas de las que se elaboró la Goshin Jutsu Miura Ryu, a partir de las técnicas del Sumo.

Miyamoto Musashi: (1584 – 1653),

famoso ronin que ganó 75 de los 76 combates que efectuó (perdió uno solo con Muso Gonosuke; esta derrota está documentada en el templo Tsukuba, provincia de Ibaraki). De profesión pintor hizo de la espada su manera de vivir. Al final de sus días elaboró un libro titulado “Gorin no Sho” (el libro de los cinco anillos). Creó la escuela Niten Ryu (liter. “Dos Cielos”; referente a las dos espadas; Katana y Wakizashi). Experto en varias disciplinas destacaba en el uso de los shuriken, perfeccionando un modelo el ogasawara shuriken. Practicó el Kakushi – Jutsu (Arte Marcial de combate con pequeñas armas escondidas) de la escuela Emmei Ryu. Lucho como capitán del ejército de Ogasawara

Tadazane, señor de Buzen, en la batalla de Shimabara contra los cristianos año 1638 en el bando vencedor; contaba con 54 años de edad.

Mizuno Kokoro: “El espíritu como el agua”.

Moksha: “Liberar el espíritu”.

Morikawa Kozan: Maestro de Kyu – Jutsu de la escuela Yamato Ryu. Fue el primero en utilizar la palabra Kyudo (vía del arco) y mostrar un método de enseñanza.

Monjin: Discípulo de un Arte Marcial.

Mui: Vacuidad (el vacío del universo según el budismo); principio de “no actuar”.

Muromachi: Periodo histórico de Japón (1333 – 1573). El Kendo progresa en aquel periodo y aparecen los primeros grandes maestros así como la reglamentación que

diferencia el Kendo de “combate” y de “entrenamiento”. En 1542 – 43 al llegar los portugueses a la isla Tanegashima con arcabuces provocan un mayor uso del Wakizashi (espada mediana) en detrimento de la Katana (ver [Kendo Ron](#)).

Musha E: Libro de pinturas de los guerreros. Es una valiosa fuente de información para conocer las tradiciones de los Bushi.

Musha Shugyo. Costumbre Zen de viajar por todo el país para perfeccionar el arte del sable con todas las técnicas existentes.

Okuden: Enseñanza secreta.

Oshikiuchi: Sistema de combate sin armas reservado a los samuráis de alto rango social muy popular entre el Aizu – Han (clan de la familia Aizu).

Otokodake: “Camaradas Caballeros”.

Pena de muerte: Existían siete niveles: Senu Bara (Suicidio con el abanico), Mizu Bara (Suicidio por el agua), Te Bara o Yubi Bara (Suicidio con las manos o dedos), Uchi Kubi o Moro Kubi (Decapitación), Kiriume (Decapitar y enterrar), Kirisute (Cortar y abandonar), Shibaki Kubi (Decapitación atado).

Reigisaho: Reglas de ceremonia en el dojo.

Rishi: Adoptado del sánscrito; “El que ve la verdad”. Sabio, asceta.

Sankaku: Triángulo.

Sasae: Mantener, soportar.

Sen: Positivo, iniciativa.

Senken: Anticipación.

Seppuku: Las mujeres que se hacían

Seppuku seccionaban, con un tanto (daga), la arteria carótida. Gracia Hosokawa se lo hizo de éste modo. Esta Samurai era la esposa de Hosokawa Tadaoki.

Shintai: Evolución.

Takeru: Adiestrarse, ser experto y madurar.

Take Uchi Ryu; Escuela de Ju – Jutsu muy antigua, creada antes del siglo XVI. Se enseñaba a usar todo tipo de armas para el combate.

Takuan: Maestro Zen que influyó aportando el espíritu de “Fudoshin” (espíritu inmutable) al kendo y por extensión a las Artes Marciales.

Tan: Coraje.

Tomoe Gozen: Esposa de Minamoto Yoshinaka, fue una de las pocas mujeres

samurai en la historia de Japón. Luchó junto a su marido en la batalla de Awazu en 1184.

Tsuki no Kokoro: “El espíritu como la luna”. Evoca la perfección de la luna, su círculo perfecto y puro como el espíritu de un samurái.

Tsukuri: Construir, acción preparatoria.

Tsuyori: Valor, arrojo.

Shinken Buai Shobu: “Combate hasta la muerte entre hombres de guerra”.

Shitateru: Educar, disciplinar.

Shizoku: Familia, clan, noble. Descendientes de los samuráis. Al desaparecer, los bushi en 1870, algunos de esos samuráis pasaron a formar parte de la nobleza llamándose Shizoku.

Shodai: Fundador de una escuela que

perpetúa el arte marcial recibido de una divinidad y /o por sus maestros no consanguíneos.

Shosei: Fundador de una escuela de artes marciales que ha recibido su enseñanza a través de una línea consanguínea (pariente, familiar).

Uki: Flor.

Yaburi Dojo: “Romper la casa”.

Yóhei No: Mercenario. Una fuente siamesa (Tailandia) datada en 1579 habla de 500 mercenarios japoneses que ayudaron aquel reino durante la invasión llevada a cabo por Burma y Laos. Los japoneses estaban considerados en aquellos tiempos grandes soldados, según afirma el alemán, van Vliet. El comercio entre Japón y Siam se establece

en 1606 por parte de Ieyasu Tokugawa al comprar a Siam la que en aquellos tiempos se consideraba la pólvora de más calidad. En aquel periodo el ronin más célebre, sin duda, para el rey de Siam fue **Yantada Nagamasa**. En 1639 se promulgó el edicto de “fronteras cerradas”, fue un duro golpe para comerciantes y mercenarios que Tokugawa asestaba pensando en la expansión europea y, sobretudo, del clero europeo que atraía algunos Daimyos (la serie de TV, “Shogún”, muestra perfectamente éste periodo). Ogyu Sorai (1666 – 1728) denuncia el “mal comportamiento” de la clase samurai después del citado edicto pues se erradicó de la disciplina militar las artes marciales. Arco, lanza, y espada dejaron paso a una mezcla de

arrogancia e indiferencia. En 1680 se aprobó una ley que les impedía batirse en duelo y en 1690 otra que les obligaba a practicar artes marciales. En 1720, no obstante, se observa en Edo y Kanazawa como muchos samurais que cobran un sueldo fijo, no muy alto, en un periodo de carestía acentuado e irracional inflación al alza pasan más tiempo manufacturando ollas, cacerolas, manualidades en papel o madera (ver El Ocaso del Samurái) o empeñando las valiosas hojas de sus espadas para poder sobrevivir (ver película Harakiri, la cual muestra este triste periodo). Hojas que eran sustituidas, por si llegaba una inspección o debían hacer alguna guardia, por bambú. En 1877 ésta y otras decisiones, (ver Shizoku),

como la modernización del ejército japonés motivaron a Saigo Takaori encabezar la rebelión Satsuna (ver la película El Último Samurái).

Yoritomo Minamoto: (1147 – 1199), jefe militar que impuso muchas reglas a los Bushi.

Yoshi: Va, empieza.

Epílogo

El Bushido es el código de los principios morales y éticos enseñado a los caballeros en el Japón feudal. Este código no es atribuible a ningún escritor en concreto, es el resultado de siglos de estudio y profundo respeto ya sea a la hora de ponerlo en práctica como de ir añadiendo “capítulos” al mismo.

Fue el lógico desenvolvimiento de las pautas militares de todos los guerreros desde la noche de los tiempos, la unificación de los conceptos de Confucio y Mencio, y de lo que fue el Japón en su antigüedad. Los Samuráis solían vivir apartados del resto de sus conciudadanos, como una flor de loto en

medio de un estanque de aguas cristalinas, así emanaba de su contemplación un modelo de conducta, honorabilidad, moral y respetabilidad (ver película El Ocaso del Samurái).

Todo éste conjunto de máximas, axiomas y parábolas, recibió el nombre de Bushido y yo tuve el honor de contribuir con mis conocimientos y ejemplo a tan alta empresa. Lo que un día fue un “código no escrito” de conducta fue cobrando vida en mis manos como “Hagakure”, para terminar su periplo como “Bushido”, aunque el nombre con el que se defina el código en sí carece de importancia pues lo esencial es su contenido y no hay mejor premio que seguir su vía.

Desde el día en que nací quedó sellado mí

destino pues yo debía, sin saberlo, darle forma y divulgarlo a futuras generaciones y hoy que es el día elegido por los Dioses para que tú lo leas. Deseo que después de su relectura y comprensión, espero, llegues a formar parte del mismo y llegues, en definitiva, a ser y considerarte un caballero del Bushido como tantos miles antes que nosotros y hagas del honor, del autocontrol, y de la fidelidad tus principios, del valor un ejemplo, y de tú carácter un camino de rectitud y bondad.

Éste es un libro escrito en las aguas del pasado, guardado en cubiertas de fuego y depositado en los estantes del olvido, allí donde la memoria no recuerda que se guardan estas páginas que no buscan la

razón y encuentran tu corazón.

Éste es un libro perdido en busca de unas manos cálidas y unos ojos inquietos ¿Serán los tuyos?.

Dedicatoria

Escrito en el año de la Oveja por Doforyu, “El dragón que se mueve en la calma”.

Quisiera dedicar éste libro a todos aquellos que olvidé..., pero se lo dedico a mis sobrinos Mar Montesinos Romero y Xavi Montesinos Romero, Bufu Ikkan, “Que los vientos marciales os acompañen”, siempre.